



AGUA PASADA

KOPANO MATLWA

Cuando eran adolescentes, Mohumagadi y Bill tuvieron una historia de amor que terminó de forma abrupta y traumática. Han pasado quince años, y todo aquello es agua pasada. Ella, Mohumagadi, dirige una escuela de élite para niños con altas capacidades, desde donde contribuye a transformar su amado país –que reconocemos como la Sudáfrica posterior al apartheid– aplicando un método pedagógico eficaz y moderno, que atrae a la nueva clase dirigente y adinerada: la generación born free que ha amasado fortuna, de cuyos hijos se espera que sean los líderes del mundo del futuro. Un día, sin darse cuenta de que se trata de su amor de juventud, Mohumagadi se ve obligada a contratar a Bill, convertido en sacerdote y enviado a la escuela para expiar una culpa sobre la que se guarda silencio. Cuando finalmente se reencuentran y se reconocen, el pasado emerge de manera torrencial, enturbando la atmósfera ideal de la escuela y cambiando el rumbo de dos personas que creían haber reconducido sus vidas por el camino recto. En su segunda novela, ganadora del prestigioso premio Wole Soyinka de literatura africana, Kopano Matlwa explora algunos de los temas cruciales de la Sudáfrica post-apartheid que son una constante en su obra: la desigualdad y el odio racial, la rápida y desequilibrada modernización del país y el ápice de esperan-

za que no cesa de latir en una sociedad que, al igual que los protagonistas de esta historia, lucha por liberarse de los estigmas del pasado.

Todo libro es una plegaria.

ANÓNIMO

Yo dije: «¡Ah, Señor Yahveh! Mira que no sé expresarme, que soy un muchacho». Y me dijo Yahveh: «No digas: "Soy un muchacho", pues adondequiera que yo te envíe irás, y todo lo que te mande dirás. No les tengas miedo, que contigo estoy yo para salvarte».

JEREMÍAS, I: 6-7

Fue cuando estaban a punto de correr las cortinas, cuando llamaban a los niños para que entraran en casa después de jugar fuera todo el día, cuando lavaban el arroz en pequeños cuencos para que desprendiera el almidón amarillo y bajaban de cuatro a dos el fuego de la salsa de la carne, que ellos se escabulleron silenciosamente por la puerta de atrás.

Fue cuando estaba a punto de anochecer, una vez el sol ardiente había dicho su última palabra, cuando los zapatos reposaban tras estar todo el día en danza y el ajetreo había cesado sin que quedara mucho por hacer, que regresaron al lugar donde habían estado antes.

Y aunque en realidad solo fueron los dedos lo que habían deslizado hacia delante y hacia atrás con creciente deseo; y aunque se habían asegurado de apretar los labios con fuerza hacia dentro mientras intercambiaban profundas bocanadas de aliento; y aunque solo fue el esternón y claramente no los pechos lo que ella le había ofrecido y él había intentado alcanzar... a los altos Padres que los habían aplastado con sus pesadas sombras mientras yacían sobre la hierba vespertina les había parecido algo mucho más siniestro, mucho más pecaminoso, mucho más depravado.

Mientras él estaba de pie frente al tribunal eclesiástico, viendo ante sí todos esos ojos lechosos y solemnes que suspiraban audiblemente, esas gafas frágiles de montura dorada que meneaban la cabeza y esos corazones endurecidos que chasqueaban con desaprobación, miró a Dios por un instante con los ojos enrojecidos por la rabia y la traición. ¿Cómo podría haber sabido él que los sentimien-

tos eran falsos y la intimidad errónea cuando Dios mismo se había mostrado tan alentador?

Pero ahí acabó todo. Hizo las maletas y se puso en camino, hacia un lugar muy, muy remoto en el que las líneas eran rectas y los círculos redondos.

Y una vez en la carretera, lejos, lejos del alcance del oído de otras personas, le dejó claro al grueso tapón de culpa amarga que se había alojado en la parte superior de su garganta que si se pensaba que estaba allí para quedarse iba a llevarse una sorpresa. En cuanto nadie pudiera verlo arrugaría el ceño, carraspearía y escupiría una y otra vez hasta que le quedara la garganta a carne viva y solo sintiera las arcadas. Estaba dispuesto a sentir todo menos culpa, así que dejaría el grueso tapón de culpa amarga allí tirado, en el camino de tierra, para que los neumáticos de los camiones grandes lo aplastaran, exactamente como tenía que ser.

En realidad, Dios no había tenido nada que ver con su infortunio. Aquel día Él también había estado rodando sobre la hierba, riendo con el sol, y se sorprendió al ver los entrecejos fruncidos, pero, por desgracia, eso no se supo hasta mucho más tarde, cuando ya se había perdido demasiado.

Después de toda la emoción, después del júbilo, después de las celebraciones, después de que cesaran las risas, las dulces lágrimas de la alegría, después de los llantos de pura euforia, después de los gritos de éxtasis, después de los sollozos ante la belleza de todo ello, después de que encendieran velas por respeto al momento, después de que se arrodillaran y besaran el suelo, después de que proclamaran al mundo entero su victoria, después de que vociferaran la maestría del éxito alcanzado, después de que agitaran los puños al aire, después de que bramaran triunfales anunciando su supremacía, después de que tiraran abajo los viejos letreros de las calles, después de que desfilaran por las calles cantando canciones que solo podían cantar los que habían sufrido antes, después de que se plantaran frente al televisor cambiando los dos canales con la esperanza de volver a verlo, después de que se cogieran las manos y las lanzaran al aire, después de que hicieran cola cambiando unos nombres que se pronunciaban con la nariz por otros que se formaban con la lengua, después de que abrazaran a completos desconocidos.

Después de que recogieran sus pertenencias y se mudaran, después de la compra de automóviles alemanes, después de que llenaran el mueble bar, después de que cambiaran de barrio y de vecinos, después de que adquirieran un nuevo guardarropa, después de que tiraran los hornillos a la basura y los reemplazaran por microondas, después de que se llenaran las billeteras de cuero con tarjetas de oro y plata relucientes, después de las Blackberry, los MP3, las agendas electrónicas y los manos libres, después de las inauguraciones y las conmemoraciones, des-



pués de la instalación de estatuas nuevas donde se erigían las viejas, después de los apretones de manos y del intercambio de regalos, después de que se sentaran alrededor de mesas redondas para redactar nuevos proyectos de ley, después de que diseñaran nuevos emblemas, logotipos, insignias, después de que pasaran de no tener ningún documento a presentar el libro verde y finalmente el libro blanco anunciado en las noticias de la noche, después de que los equipos de *rugby* cumplieran con las cuotas y los directivos de las compañías fueran de más de un color; después de todo eso, llegó ella.

Salida de la nada. Literalmente de la nada. No pertenecía a ningún lugar, al menos que nosotros supiéramos. No tenía a nadie, ningún amigo, ningún vecino, ningún maestro de preescolar que pudiera identificarla. Y en un momento en que, para llegar a alguna parte, cualquiera, en ese país se necesitaban referencias, fue muy arriesgado lo que hizo, llegar de la nada, sin una lucha, una prisión, un partido detrás, sin nada. Pero tal vez por eso se fijaron en ella, porque nadie en sus cabales soñaría con hacer algo parecido, y lo irracional siempre nos ha hecho gracia.

Ella simplemente se despertó una mañana y se dio cuenta de que llevábamos décadas hablando. Hablando y discutiendo, planeando y deliberando, teorizando y conjeturando, quejándonos y protestando, gritando y chillando, y ya era suficiente. Y a no habría más conversaciones, ni más discusiones, ni más planes, ni más deliberaciones, ni más teorías, ni más conjeturas, ni más quejas, ni más protestas, ni más gritos, ni más chillidos, ni más palabras. Ya habíamos hablado bastante. Tocaba ponerse a trabajar.

Ella señaló que los tiempos habían cambiado. Ya no eran tiempos para hombres y mujeres menudos y rollizos enfundados en trajes brillantes y provistos de habla locuaz y trucos de magia, que decían eso y aquello, prometían eso y aquello, compraban eso y aquello, eran imputados por eso y por aquello, acusados de eso y aquello, encerra-

dos por eso y por aquello; hombres y mujeres rollizos con trajes brillantes que seguían defraudándonos. Todo era tan aburrido, dijo, tan prosaico. ¿Y quién de nosotros no estaba cansado de defenderlos?

Ella señaló que después del júbilo, después de la histeria, después de los scones, los *ginger-ale*, el *custard* y los melocotones al almíbar, después del delirio y el drama, después del apasionamiento y la vehemencia, después de la carne, las bebidas alcohólicas y las bolsas de patatas fritas con sal y vinagre, después de que la emoción hendiera el aire y las posibilidades rasgaran el cielo, después de todo eso las cosas se vinieron abajo. Lentamente, pero se vinieron abajo.

Se halló engaño en los bolsillos de los héroes, podredumbre en las mochilas de los guerreros, traición en los cuadernos de los cabecillas, depravación en los zapatos de los campeones, codicia en los armarios de la gente común, desgaste en los llaveros de figuras insignes, y enfermedad escondida discretamente en los sujetadores de nuestras leyendas. Y hasta las Personas de Piel Clara se percataron de que nunca habían tenido que usar las maletas hechas que por si acaso guardaban debajo de la escalera, en el maletero o debajo de la cama; ni el coche con gasolina, aceite y neumáticos de reserva; ni el piso que tenían en Australia, en Londres, en Nueva Zelanda. Porque, tal como fueron las cosas, las Personas de Piel Oscura se convirtieron en sus propios opresores.

«Lo peligroso de ser la víctima —dijo— es que uno nunca se ve obligado a ponerse el espejo delante. Nadie le pide que examine *sus* actos, *sus* motivaciones, *sus* intenciones, por lo que continúa sin que se le cuestione ni interrogue».

Y después de uTata, bueno, no había realmente grandes nombres, no en un sentido moral, no quedaba nobleza. Había dinero y un montón de negocios lucrativos, eso

seguro, pero no camisetas, ni bailes divertidos, ni sonrisas de un millón de dólares, ni voces roncadas.

Así que Mohumagadi, porque así era como iban a dirigirse a ella, exigió la fundación de un colegio. Sekolo sa Ditlhora. Un colegio que buscara la excelencia educativa. Un lugar donde las matemáticas no fueran una simple herramienta que se enseña para cuadrar índices de mortalidad, calcular deudas y agregar ceros a las economías en crisis, sino un medio para añadir algo a la nada, crear cambios, llenar espacios, ordenar pensamientos y multiplicar resultados. Un lugar donde la historia no fuera una asignatura que registrara las fechas de los resentimientos, las guerras y los odios posteriores a la independencia, sino un testimonio de todo lo superado en los siglos pasados. Un recordatorio de dónde hemos estado y dónde no queremos estar más. Un lugar donde la geografía no fuera un simple medio para identificar las fuentes de ayuda humanitaria en el mapa del mundo, sino un ejercicio de comprensión de la Tierra misma, una forma de buscar un lugar y un sentido y, por lo tanto, una perspectiva. Un colegio donde el arte no fueran solo los abalorios que vendía *bo Koko* a un lado de la carretera sino un sentido de identidad, un medio de conectar con nuestros antepasados y los que estaban por venir, una búsqueda del centro.

Ella dijo que sería un colegio donde las circunstancias no nos dividirían y la pobreza se quedaría fuera de las puertas. Un lugar donde los ancianos escucharían a los jóvenes, y los jóvenes tomarían la palabra y se pondrían al frente. Un lugar del que sentirse orgulloso. Un lugar de la verdad. Dijo que sería un lugar donde darían la vuelta al plato de las limosnas y lo usarían como trampolín. Donde *umntu omnyama* podría ser algo grandioso. ¿Cómo iban a cambiar las cosas si no era desde cero? Y si no lo creíamos, ya podíamos irnos a la mierda.

Y así se abrió Sekolo sa Ditlhora, y qué construcción más impresionante. Las verjas eran altas, de ébano chapa-

do en oro. Detrás de ellas había espacio, mucho espacio abierto, espacio en el que respirar, pensar, crear. Había jardines, jardines tupidos y frondosos, jardines de atractivo singular, jardines de árboles frutales intercalados con largos corredores de luz. Y si uno se alejaba un poco, había pequeños arroyos alrededor de estatuas de Cleopatra, Makeda y Tiy que miraban al cielo. Se recuperaron antiguos pergaminos, y en las puertas de las aulas se colgaron los nombres de los grandes emperadores, reyes y reinas que habían quedado excluidos de los libros de historia. Así, la Sala de Lectura Shamba y el Estudio Khama se hallaban en el mismo piso, y Nehanda y Nandi albergaban los grupos A y B de primero.

Se seleccionaron cuidadosamente a los profesores; solo se contrataron a los que se creyó que serían capaces de inspirar las mentes en crecimiento, alentar la búsqueda del conocimiento e inculcar la ambición. Y qué alivio para las madres fue no tener que despertarse un poco antes para encasquetar sombreros de paja sobre cabello hirsuto y cabezas reacias. La tía ya no tendría que planchar con esmero alrededor del escudo con el lema en latín, cuyo significado nadie en la casa conocía pero que todos veneraban. Y cuando se enteraron de que existía una alternativa a las escuelas donde las niñas y los niños de piel morena solo obtenían certificados de xhosa y zulú, bueno, no hubo que pensar más.

Y a pesar de que Mohumagadi parecía una mujer atormentada y furiosa, a la que solo entendían los miembros del personal que llevaban años trabajando con ella, y a pesar de que daba la impresión de que tenía que esforzarse mucho para ser políticamente correcta, todos le estaban agradecidos por su empeño en hacer un gran colegio. Y todos, incluso los periódicos de los blancos, coincidían en que era algo bueno. Al menos su furia no era como la de Mugabe, ya era algo.

Y cada mañana, en cuanto se cerraban las verjas, todos los que se quedaban fuera tenían claro que allí ya no había nada que despertara curiosidad. Los niños estaban estudiando. Todo el mundo estaba de acuerdo en que, en efecto, era un colegio que promovía la excelencia.

Apenas unos años después de que se abriera el colegio, llegó al escritorio de Mohumagadi un dilema en forma de informe encuadernado. Lo escribía el doctor Tshivhase, el profesor de Salud Pública y Epidemiología, a propósito de la salida cultural vespertina que había organizado para asistir a la Conferencia Inaugural de Nkosi Johnson. Al repetir el recuento de los alumnos en el trayecto de regreso, había encontrado a cuatro de cuarto en la parte trasera del autobús escolar con las nalgas al aire, las bragas alrededor de los tobillos y los pantalones del uniforme bajados hasta las rodillas. No tenían otra explicación razonable para su conducta que la que habían querido ver.

La historia llegó a los periódicos del fin de semana, en los que se informó que los hijos de Sihle Dladla (directora ejecutiva de la Central Eléctrica de Maatla), Ntombovuyo Pooi (autora de *Conciencia sexual*), Peter Graham (de Alianza del Pueblo) y la diplomática Tshilitsi Mntambo «habían sido sorprendidos en la parte trasera de un autobús escolar envueltos en una orgía». En respuesta, la doctora Mahlangu, responsable de Relaciones Públicas y enlace con los medios de comunicación, sugirió que tal vez no les fuera mal a los niños (y a la imagen ahora mancillada del colegio) un poco de divinidad.

Pero ¿a quién llamar y dónde buscar? De todas las cosas que le importaban a Mohumagadi, la religión sin duda no era una de ellas. Tal como ella lo veía, en ese colegio del cambio no había cabida para Dios y Su Biblia, que la servidumbre sospechosamente tenía en gran consideración. «Dios no estuvo allí durante todos esos siglos en que nos encadenaron, nos violaron, nos engañaron y nos gol-

pearon. ¿Por qué quiere involucrarse justo ahora que parece que estamos ganando?». No, para Mohumagadi, Dios únicamente cumplía una función en las bodas y en los cuentos para dormir, pero no en el trabajo.

Toda la idea de la religión la irritaba; los rituales, las velas que estropearían la moqueta de las aulas, el comportamiento pomposo y santurrón de banco de iglesia, y la fanfarronería entusiasta de unos chicos de catorce años afirmando que ellos solos en sus misiones por África habían convertido al cristianismo a un jefe tribal y a todo su poblado. Todo eso le dejaba un sabor amargo en la boca. Aun así, aprobó la idea propuesta por la doctora Mahlangu y secundada por el doctor Ntsoko (miembro del Consejo de Administración), aunque con un hilillo de sudor corriéndole por las axilas.

Permitiría que una persona de la iglesia entrara en su colegio, pero estaba resuelta a mantener un control estricto y limitar su interacción con los alumnos. Se había invertido demasiado en ese colegio, demasiadas vidas habían puesto sus esperanzas en él. La iglesia representaba una amenaza para aquello mismo que ella había fundado, y sabía que esas personas eran muy hábiles: llevaban décadas coleccionando naciones enteras, dividiendo familias, llevándose a bebés con el cordón umbilical recién cortado, convenciendo a hijas para que adoptaran un atuendo extraño e insistiendo en que sus familias debían cambiar o desaparecer. La incomodaban mucho, muchísimo.

Luego estaba, por supuesto, la cuestión de la raza. Todos los sacerdotes que Mohumagadi había conocido eran de los tonos más claros, con teologías teñidas por influencias europeas. ¡Cuánto peor sería si además tenía sangre europea! Ella no se fiaba nada de esos tipos religiosos que decían creer en el país, en la gente y en el progreso, y luego escapaban al extranjero y desde sus balcones señalaban el pequeño rincón de África donde la gente se resistía al poder del espíritu.

De modo que cuando el doctor Zungu, que daba clase de Sistemas de Creencias Indígenas, le dijo a Mohumagadi que el obispo estaba buscando desesperadamente un puesto fuera de la iglesia para un sacerdote que había «sucumbido y caído presa de los deseos de la carne», ella se quedó encantada. ¡Qué perfecto sonaba, admitir a un sacerdote blanco desterrado! Nada de la santidad altiva, la vestimenta imponente y la inclinación condenatoria. Un simple hombre traído de vuelta a la tierra por sus propios pecados.

–Nadie podría ser un ejemplo mejor para los niños – anunció en la reunión del órgano rector.

Llegó un lunes por la mañana. Le pidió al casero que lo llevara en coche al colegio, pues no estaba seguro de si habría una plaza de aparcamiento para él y no quería parecer presuntuoso. No le habían dado ninguna carta, nota o número de teléfono, tan solo le habían informado de que se presentara a las siete de la mañana en Sekolo sa Ditlhora, en el número 6 de la calle Ray, Grey Lourie Gardens (cerca de Trucks for Africa). Cuando los guardias de seguridad apostados en las puertas le preguntaron el propósito de su visita, él no supo muy bien qué responder. No era propiamente una visita; la palabra «visita» daba a entender que estaba allí para ver a una persona en particular y se iría poco después, y él no estaba seguro de cuánto tiempo se quedaría. ¿Qué iba a hacer allí? El obispo le había dicho que necesitaba reflexionar y descansar.

–He venido a descansar –dijo a los guardias de seguridad.

–¿A descansar? –repitió uno.

–*Uthini lomntu* –replicó el otro, que lo había oído claramente y parecía ofendido.

–Haga el favor de identificarse –le pidió el tercer guardia, tomando las riendas de la situación.